

Cómo citar este artículo:

Aguirre Cortés, W.A. (2024). Carta al editor. Sobre la fotografía. *Revista Eleuthera*, 26(1), 193-195. <http://doi.org/10.17151/elev.2024.26.1.10>

Sobre la fotografía

WILLIAM ANDRÉS AGUIRRE CORTÉS*

ELEUTHERA

¿Hasta qué punto quién miente es la cámara y no el sujeto tras el lente? ¿Puede una fotografía conservar la intencionalidad moral, además de la estética, de un momento de la historia? ¿Es ético manipular hechos históricos representados en una imagen con fines publicitarios?

¿Se puede analizar una imagen desconociendo su contexto? ¿Existe realmente una intención en cada fotografía, o esta surge en el momento en que la imagen tiene contacto con el ojo humano capaz de reflexionar, dirigir o cuestionar lo que observa, es decir, una imagen-texto que se deja interpretar? ¿Son reales las expresiones humanas que se manifiestan en una imagen o son producto del compromiso ornamental al que obliga el lente?

El siglo XX ha sido sin duda un siglo determinante dentro de la historia de la humanidad. La modernidad ha obligado a las personas a emprender un ritmo de vida vertiginoso en su afán por descubrir, deconstruir, mejorar o modificar “las cosas” que coexisten en su entorno. El ser humano ha sido víctima del consumismo y en su necesidad de trascendencia se ha hecho itinerante. Por esta razón, recopilar la historia ha terminado siendo una labor titánica en la que un instante de ligereza puede dejar por fuera acontecimientos vitales, que terminarán siendo años más tarde víctimas de la ficción.

Es innegable la labor documental que adquiere la fotografía cuando se emplea para narrar historias, para evitar sin vacilaciones el olvido, para construir sociedad por medio de lecciones que quedaron enmarcadas en trozos de papel. Al respecto Susan Sontag afirma que: “la memoria es, dolorosamente, la única relación que podemos sostener con los muertos” (2003, p.134). Este es el punto en donde la fotografía adquiere un poder ambiguo. En un acto de desprendimiento les entrega a los espectadores, actores fortuitos de este proceso, la labor de elegir la manera de sentir una imagen, la tarea de decidir cómo usar el peso de su contexto para entender lo que observa y de apropiarse este nuevo referente para alimentar su experiencia sensitiva y cultural.

La visión expresada por Sontag en *Sobre la fotografía*, permite que la fotografía sea entendida no solamente como una forma de arte, sino también como una corriente capaz de modificar la conducta de una sociedad. Todo sucede porque una fotografía nos hace cómplices de aquello que denuncia, entonces nos hace parte de un todo que no admite subterfugios ni dilataciones. ¿Se puede plantear que cuando asistimos a los horrores de la guerra a través de las fotografías

* Licenciado en Ciencias Sociales. Magíster en Filosofía Universidad de Caldas. Doctorando en Historia y Artes, Universidad de Granada, España. Correo electrónico: andresaguirr12@gmail.com

 orcid.org/0009-0004-9294-0733



bélicas recreamos el conflicto y de esta manera revictimizamos y condenamos al no olvido? Dice Sontag que “en estas últimas décadas, la fotografía ‘comprometida’ ha contribuido a adormecer la conciencia tanto como a despertarla” (2006, p. 39).

Desde la perspectiva de quien ha crecido en un entorno bélico directo o indirecto, las imágenes son instrumentos para recordar situaciones, pero, asimismo, son elementos para revivir el dolor. Esto porque su vida se ha visto amenazada por el estallido de la guerra en el patio trasero de sus casas; o de forma indirecta, porque la radio, la prensa, el arte, la fotografía y hasta la moda se han encargado de mantener los recuerdos palpitando en la memoria. En palabras de Sontag,

Las cámaras reducen la experiencia a miniaturas, transforman la historia en espectáculo. Aunque crean simpatía, también la interrumpen, enfrían las emociones. El realismo de la fotografía crea una confusión acerca de lo real que resulta (a largo plazo) moralmente analgésica y además (a corto y largo plazo) sensorialmente estimulante. (2006, p. 158).

La misma Sontag afirma que

Sean cuales fueren los argumentos morales a favor de la fotografía, su efecto principal es convertir el mundo en un gran almacén o museo-sin-paredes donde cualquier tema es rebajado a artículo de consumo, promovido a objeto de apreciación estética. (2006, p. 158).

La pregunta base de Sontag para elaborar sus ensayos, gira en torno a la omnipresencia de las imágenes en la cotidianidad humana y la dependencia que estas han generado para configurar nuestros imaginarios. Si se analiza con cautela esta afirmación es posible otorgar la razón a la autora, asumiendo que en el momento de escribir sus ensayos, en el horizonte tan solo se vislumbraba la punta de un iceberg, que lentamente ha ido aumentando su capacidad de derribar paradigmas y reconstruirlos a partir de la carga semiológica de todas las imágenes que carga.

Los seres humanos han valorado su oralidad desde antes del inicio de la historia, y hoy cuando nos acecha la denominada era digital, lo visual es lo que ha empezado a competir con la palabra. Esto nos ha convertido en autómatas de las pantallas. Estamos generando nuevos códigos, que gracias a la resignificación de signos y símbolos necesarios para la comunicación y a la inmediatez de la información gráfica, harán huecas a las palabras.

La preocupación de Sontag pasaba por la insensibilidad que podía generarse en las personas cuando alejadas de la intencionalidad lingüística y estética de la imagen, corrían el riesgo de realizar libres interpretaciones que invalidaran el trabajo del fotógrafo y mutaran la semiótica del texto gráfico. La mala noticia es que Sontag no solo tenía razón, sino que, además, el desarrollo de la industria cinematográfica y la carrera de prestigio y desprestigio que emprendieron

muchas empresas y multinacionales valiéndose de la publicidad, han posicionado la fotografía en medio de un escenario caótico, en el que las palabras han perdido su valor semántico y se ha pretendido configurar un metalenguaje en el que las imágenes se expliquen por sí mismas.

Una fotografía nos define, nos aleja o nos acerca de una realidad concreta; una fotografía nos elige como sus espectadores de lujo y nos involucra en el contorno de sus siluetas. Una fotografía nos agravia o nos exime; una fotografía nos inmuniza al dolor o hace estragos oscureciendo los colores del alma. ¿Es la fotografía por sí sola capaz de refrendarse frente a aquel que la está observando?

El impulso de hacer fotografías es en principio indiscriminado, pues la práctica fotográfica se identifica ahora con la idea de que todo en el mundo podría adquirir interés a través de la cámara. Pero esta cualidad de ser interesante, como la de manifestar humanidad, es hueca. El afianzamiento fotográfico del mundo, con su ilimitada producción de notas sobre la realidad, lo homologa todo. La fotografía no es menos reduccionista cuando quiere ser informativa que cuando revela formas bellas. Al exponer lo cosificado de los seres humanos, la humanidad de las cosas, la fotografía transforma la realidad en una tautología. (Sontag, 2006, p. 159).

A lo mejor, Sontag tiene razón cuándo describía a la sociedad de su época en un tono de denuncia frente a los silencios cómplices expuestos frente al dolor de las injusticias y la guerra. Quizás las personas de nuestra sociedad actual se estén erigiendo como inválidos visuales incapaces de promulgar una experiencia sensorial a partir de las imágenes hijas de conflictos triviales y absurdos.

Por lo tanto, valoro especialmente estas reflexiones de Sontag en cuanto se da a la preocupación por una técnica que se va a configurar como una de las formas más comunes de entablar muchas relaciones con el mundo representable en imágenes.

Referencias bibliográficas

Sontag, S. (2003). *Ante el dolor de los demás*. Alfaguara.

Sontag, S. (2006). *Sobre la fotografía*. Alfaguara.